UNA MIRADA A LA FAMILIA EN PORTUGAL

Cambios, valores, desafíos

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v60i212.199>

SECRETARIADO DIOCESANO
DA PASTORAL DAS Vocações
Diócesis de Oporto. Septiembre de 2014

INTRODUCCIÓN

La familia sigue siendo un tema de plena actualidad. Se habla mucho de la familia, ya sea para ensalzarla o para denigrarla, para reivindicarla como célula de la sociedad o para tacharla de cosa del pasado, para proclamar sus valores o para incluir en ella a los llamados nuevos modelos.

La Iglesia está siempre atenta a las cuestiones que afectan a la humanidad y preocupada por cómo ser, en cada tiempo y lugar, imagen viva del Señor y proponer a los hombres su Buena Noticia. Así, eligió como tema del último Sínodo de los Obispos, que se celebró en octubre pasado y que continuará en el año 2015, «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización». El *Instrumentum laboris* para la preparación del Sínodo mereció, por parte de las diversas instancias eclesísticas —diócesis, parroquias, congregaciones religiosas, movimientos apostólicos— y aun de los mismos fieles, una gran atención que se reflejó en un alto número de aportaciones. Todas esas respuestas han tenido eco en el documento enviado por la Conferencia Episcopal Portuguesa a la Santa Sede, y serán también objeto de estudio y reflexión pastoral, tanto en la misma Conferencia Episcopal como en las distintas diócesis, arciprestazgos, parroquias y movimientos, debido sobre todo a que, a pesar de que Portugal es un país relativamente pequeño, las realidades existentes son muy diversas.

No vamos a abordar en este trabajo esas aportaciones, que, además todavía no están disponibles; estaría de más en un lugar como éste, aparte de que carecemos de la preparación técnica para abordarlo. Por eso, nos vamos a limitar a echar una mirada sobre la familia en Portugal, en la situación actual y su evolución en las dos últimas décadas, presentando algunos datos disponibles para el público en general tanto a nivel nacional como en algunas realidades regionales. Intentaremos identificar algunas situaciones sociales, políticas y económicas que han impactado en este tema, viendo algunos desafíos pastorales que se plantean a la Iglesia en Portugal en el campo de la familia.

Nos servimos especialmente de la base de datos ofrecidos por Pordata (www.pordata.pt), que la Fundación Francisco Manuel dos Santos tan oportunamente decidió ofrecer y mantener, utilizando datos «de la exclusiva autoría de entidades oficiales que tienen la competencia para producir información en las áreas respectivas», en concreto el Instituto Nacional de Estadística, lo que garantiza el rigor y la credibilidad de la información de que se dispone.

HECHOS CONDICIONANTES EN EL PORTUGAL ACTUAL

Antes de abordar cualquier aspecto concreto hay que aludir a los dos hechos concretos y singulares que ejercieron un enorme impacto en las últimas décadas en la población portuguesa: la revolución de Abril de 1974 y la adhesión en 1986 a la entonces llamada «Comunidad Europea».

La revolución de abril marca el final de una era de un régimen político de partido único, de cariz autoritario, que duró casi medio siglo. El acceso a la información estaba controlada por medio de mecanismos de censura, la educación escolar estaba ideológicamente marcada y era monolítica. La trilogía vigente –Dios, patria, familia– marcaba el discurso oficial y la orientación social, promoviendo la modestia, una cultura y mentalidad rural, una obediencia y una religiosidad popular, señalaba los valores a seguir. Portugal vivía también una economía muy cerrada, centrada prácticamente en los recursos internos, siendo muy condicionado, y casi inexistente, el acceso a productos extranjeros.

El año 1974 marca también el final de la llamada «guerra colonial», que duraba ya desde 1961, y se extendía en Angola, Mozambique y Guinea, contra los movimientos de liberación que aspiraban a la independencia de esos territorios. Además del consumo de recursos que serían necesarios en otros campos, la guerra marcó a las familias, debido a las largas ausencias de los hijos y maridos que cumplían el servicio militar en esos países, donde muchos murieron y otros quedaron con marcas físicas y psicológicas para siempre y, en 1974-1975, por el regreso de cientos de miles de portugueses que, habiendo vivido desde hacía más o menos tiempo en esos territorios que hoy llamamos PALOP, fueron obligados a volver, o debido a la violencia desencadenada o al miedo a las convulsiones provocadas por la transición a la independencia.

Portugal vivió hasta 1974 en un aislamiento cada vez mayor de la escena internacional, orgullosamente solo frente a corrientes de modernización y evolución política y social. La instauración de la democracia permitió, tras algunas dificultades iniciales, que Portugal ocupase de nuevo su lugar en el concierto de las naciones, abriendo el camino a la mencionada adhesión a la Comunidad Europea. De esa entrada de Portugal en una comunidad internacional (algunos dirán que más bien fue la CE la que entró en Portugal) resultó no solo el acceso a una serie de bienes y servicios antes inaccesibles, sino también el disponer de abundantes recursos económicos que propiciaron cambios significativos.

Un impacto notable de estos cambios fue el que se refiere a los derechos y deberes. De la limitación propia de una sociedad represiva, se pasó a sobrevalorar los derechos, tanto individuales como colectivos o de clase, en detrimento de los deberes. La legítima consagración, en el cuerpo legislativo y en la misma Constitución, de un conjunto vasto de derechos, así como la ampliación del acceso a la escolaridad, a la salud, a los beneficios sociales, creó en muchos la ilusión de tener derecho a todo, y de que fuera el Estado el que proveyera a todo.

Esta repentina euforia de novedades, de acceso a lo que hasta entonces era desconocido o inalcanzable, de elevación clara del nivel de vida, unida a la idea de que lo que viene «de fuera» es lo que vale, provocaron cierto deslumbramiento y unas alteraciones notables de hábitos, conductas, valores. El fenómeno posterior de la conocida como globalización acentuó y aceleró esos rápidos cambios de patrones. Las nuevas realidades socioeconómicas resultantes están aún lejos de haberse estabilizado; de una contención rígida en todos los niveles se pasó a una liberalización extrema. Las crisis económicas más recientes, asociadas a la creciente velocidad de los cambios en todos los niveles, contribuyeron encima a potenciar una cultura de lo efímero y de lo inmediato, en el ámbito económico y laboral, y también en el nivel de los vínculos familiares y sociales.

INDICADORES

Este conjunto de fenómenos y cambios nos los muestran claramente algunos indicadores que analizamos a continuación.

1. *Demografía*

a) *Pirámide de edades y envejecimiento*

En poco más de 30 años (de 1981 a 2013, período que usaremos como referencia salvo indicación contraria), la población aumentó poco: de 9,85 millones de habitantes a 10,46, después del salto discreto entre 1970 y 1980 (más de 1,1 millones) por las razones apuntadas. Mientras tanto, el número de jóvenes (hasta los 15 años) bajó de 2,5 millones a poco más de 1,5, o sea, de 25 % a menos de 15 % de la población, mientras que el número de ancianos (de más de 65 años) aumentó de 1,13 millones a 2,05 (de 11,5 a casi el 20 % de la población). Verificamos así que el índice de envejecimiento se triplicó. Al mismo tiempo, el número de trabajadores por cada jubilado bajó de 5,5 a 3,3 y la esperanza media de vida aumentó cerca de 8 años. Estos indicadores de envejecimiento de la población tienden a agravarse rápidamente.

b) *Natalidad y mortalidad*

En el mismo período, el número de nacimientos bajó de 152 000 a 83 000, y el índice de fecundidad de 2,13 a 1,21. Además hay que señalar que los nacidos fuera del matrimonio se quintuplicaron y son ya el 47 % del total; cerca del 30%

de estos casos los padres ya no conviven. Y hay que señalar también que el número de abortos voluntarios en los hospitales es superior a 17 000 por año, que contrasta con los menos de 500 de hace quince años.

La tasa de mortalidad infantil bajó drásticamente, de 2,2 al 0,3 % (una de las más bajas de Europa), lo que sin duda depende del hecho de que actualmente casi todos los partos se realizan en centros hospitalarios, mientras que hace 30 años eran el 70 % y hace 50 años no llegaban al 20 %.

El número de defunciones aumentó poco (de 96 000 a 106 000), pasando así a ser negativo el llamado «crecimiento natural» (diferencia entre nacimientos y defunciones).

La fuerte caída de la natalidad y el consiguiente envejecimiento de la población obligaron al Gobierno a solicitar un estudio sobre este tema, que se ha presentado hace poco, y que apunta un amplio conjunto alargado de medidas para tratar de invertir o, por lo menos, atenuar los riesgos futuros que de aquí se derivan.

c) *Matrimonios*¹

El número de bodas pasó de 72 000 a 31 000; de estas, los matrimonios no católicos aumentaron en 26 000, el 63 % (en 1960 eran apenas el 9 %). En cambio, la tasa de divorcios pasó del 9 % al 70 %. Los divorcios de matrimonios católicos representan cerca del 60 % del total, manteniéndose estable este porcentaje, lo que significa que actualmente el número de divorcios es superior al número de casamientos.

El número de familias pasó de 2,9 millones a poco más de cuatro. Este es un dato del censo, que define a la familia como conjunto de los residentes en la misma vivienda; pero hay que señalar que en los cuatro millones citados, se incluyen más de 800 000 de las llamadas «familias unipersonales», de las que más de la mitad son ancianos, o sea, que más de 400 000 ancianos viven solos (20 % del total).

Otro aspecto relevante es que, en casi el 90 % de casos, las familias monoparentales son del sexo femenino, o sea, casi siempre son las madres las que arrostran la responsabilidad cotidiana de los hijos después del divorcio.

d) *Emigración*

El fenómeno de la emigración ha sido una realidad en Portugal durante muchas décadas en los siglos XIX y XX. Las varias crisis que han afectado a Europa y al mundo en las últimas décadas se reflejan también en los movimientos migratorios: oriundos de los países PALOP, Brasil y Europa del Este, solicitaron a Portugal en las décadas anteriores, principalmente en el período de euforia económica que siguió a la adhesión a la Comunidad Europea, habiendo regresado ya muchos actualmente a sus países de origen; ahora se están dando

1. En 2010 fue legalizado el matrimonio entre personas del mismo sexo; no se analizan en estos datos debido a su escaso número, alrededor de 300 al año.

nuevas salidas de portugueses, incluso entre los más preparados, debido al alto índice de paro. De un saldo migratorio casi residual en 1981 se pasó a un saldo negativo de 36 000 personas.

También es significativo el fenómeno de la emigración interna, tanto el del paso de la áreas rurales a las aglomeraciones urbanas como desde el interior para el litoral, que pueden entenderse por el aumento del sector terciario en la economía que veremos mas adelante. La población residente en centros de más de 10 000 habitantes se duplicó siendo actualmente de más de 4,5 millones. Hay municipios del interior donde la población se redujo en más de un 40 % en los últimos 30 años y, especialmente en algunos centros rurales, la población es casi exclusivamente de ancianos.

Estas emigraciones en muchos casos causan un desmembramiento real de las familias, aunque se mantengan los vínculos familiares, debido a las ausencias prolongadas de uno o los dos cónyuges, que se ven forzados a dejar a los hijos a cargo de otros familiares.

2. *Bienestar*

a) *Acceso a la salud*

El número de profesionales de la salud (médicos y enfermeros) se ha triplicado. Toda la población tiene ya acceso al Servicio Nacional de Salud, de carácter gratuito, lo que se traduce, por ejemplo, en un aumento del índice de internamientos de cerca del 20 % y del índice de consultas y tratamientos en más de un 40 %. Estos hechos habrán contribuido ciertamente y de forma decisiva para algunos de los indicadores presentados anteriormente.

b) *Escolarización*

La tasa de analfabetismo se redujo desde el 18 al 5 %; la escolarización obligatoria se situó entre los 6 y los 12 años y el número de estudiantes universitarios se quintuplicó.

La enseñanza pre-escolar, que apenas existía y estaba en manos privadas hace 50 años, se amplió a más de 6000 centros. Sorprende, sin embargo, que el número de colegios del primer ciclo se haya reducido a la mitad, debido a la unificación en centros escolares mayores, de los movimientos migratorios internos y del cierre de muchas escuelas en pequeños núcleos sobre todo rurales.

El recurso a la escuela como «guardería» para los hijos, que pasan en ella la mayor parte del día desde la más tierna edad, es una realidad cada más extendida y se explica, al menos en parte, por las circunstancias laborales ya referidas.

c) *Empleo*

En la sociedad tradicional, que conocimos todavía durante buena parte del siglo XX, era raro el número de madres que trabajaban fuera de casa; las que realizaban tareas rurales lo hacían acompañadas por los hijos. Los hombres

procuraban el sustento de la familia y las mujeres cuidaban la casa, los hijos y los ancianos. En las últimas décadas se ha asistido al aumento progresivo del empleo de las madres y actualmente es muy significativo el número de familias en las que los dos cónyuges trabajan fuera de casa.

La tasa de desempleo se cuadruplicó de 1991 a 2013, año en que superó el 16 %. La tasa de empleo bajó del 60 al 50 % y se produjo un claro paso desde los sectores primario y secundario al sector terciario: mientras que los primeros pasaron del 27 y el 36 % al 10 y el 24 %, respectivamente, el terciario aumentó del 37 al 66 %.

Se constata una creciente flexibilización de las leyes laborales, poniendo en riesgo el mantenimiento del empleo y permitiendo el aumento de la presión que se ejerce sobre los trabajadores por cuenta ajena. Se constata también un aumento del tiempo efectivo de trabajo diario / semanal.

d) *Seguridad Social*

Las ayudas sociales aumentaron enormemente en las últimas décadas, cubriendo nuevas y muy diversas situaciones. El número de jubilados pasó de 140 000 a más de 600 000, pero el número de pensionistas aumentó mucho más pasando de 1,7 millones a casi tres (en 1960 eran menos de sesenta mil).

Hay que tener en cuenta también que, como fruto de estas preocupaciones sociales pero también de la euforia de los derechos sin deberes ya mencionada, la aparición de los «dependientes» de los subsidios, personas cuya preocupación ha sido la de obtener ayudas estatales (o de otro tipo) sin que se sientan mínimamente obligadas a buscar trabajo o a contribuir de alguna otra manera a la vida de la sociedad.

Estas ampliaciones y los consiguientes compromisos financieros, asociados a la evolución demográfica, plantean problemas serios de sostenibilidad del sistema a medio y largo plazo, que obligaron ya a tomar decisiones gubernamentales de recortes de apoyos sociales y a un aumento de fiscalización sobre el efectivo derecho y la real necesidad de esos apoyos.

e) *Las rentas y el acceso a los bienes*

Los precios constantes de 2006, el PIB *per capita*, casi se duplicó desde 1981 (8,2 para 14,7 miles de Euro) y se multiplicó por 5 si retrocedemos a 1960.

El acceso a una variedad de bienes mucho mayor hizo que se disparara el consumo. Unido a la cultura de lo inmediato, permite entender la razón por la que el ahorro cayó del 18 % para 10-12 % de la renta disponible de las familias, sin que el peso de los salarios en esa misma renta se haya alterado de modo significativo (del 58 para el 50 %).

Por otro lado, la tasa de riesgo de pobreza (antes de las transferencias sociales) aumentó un 20 % en los últimos 10 años, sin que, sin embargo, se haya notado aumento de la desigualdad en la distribución de las rentas, lo que contradice la expresión tan corriente de que «los ricos son cada vez más ricos».

ALGUNOS DESAFÍOS PASTORALES PARA LA IGLESIA EN PORTUGAL

Todos los indicadores señalados, sin pretender ser ni exhaustivos ni programáticos, nos permiten identificar algunas áreas en las que la Iglesia puede y debe actuar, bien por medio de las instituciones que tutela y anima, bien por medio de sus miembros. Sería injusto no reconocer lo que ya hace, con empeño, generosidad y perseverancia, en muchos casos sola, sin apoyos y hasta con obstáculos y críticas. Pero siempre es posible hacer algo más y mejor.

Si es verdad que la magnitud de algunas tareas requiere acciones programadas y coordinadas y medios que superan la capacidad individual, esto no justifica la pasividad de los cristianos. Al contrario, la contribución individual de los cristianos que asumen su vocación de bautizados será, en muchos casos, determinante para responder a estos desafíos al nivel de los problemas de las personas y las familias concretas, desde el conocimiento, la empatía, la proximidad, la presencia asidua, que solo una relación personal y fraterna puede dar.

1. *Formación para el matrimonio*

Por los datos anteriores se aprecia que el casamiento en general, y específicamente el matrimonio católico, han perdido valor a los ojos de las personas.

Es cierto que muchos se casaban (y se casan) por tradición, porque «es costumbre», porque no hacerlo «no está bien visto» o porque la ceremonia y las fotos en la iglesia son más bonitas. Mas también es cierto que, en general, la preparación para el matrimonio es escasa. Sin poner en duda el enorme esfuerzo de los Cursos de Preparación para el Matrimonio y otras iniciativas en este terreno, es imperioso reconocer que media docena de encuentros no es una preparación suficiente para una opción de vida, mucho menos si se hace solo por obligación impuesta por el párroco como condición para celebrar el matrimonio.

El acompañamiento de la vocación matrimonial tiene que comenzar en la catequesis de adolescentes y jóvenes, presentando los valores del matrimonio, la prioridad del otro que la relación exige, la sana vivencia de la sexualidad, la apertura altruista al don de la vida, los desafíos que implica y que han de ser respondidos antes de decidir casarse. El acompañamiento tiene que darse desde la fase inicial del noviazgo, así como en los primeros tiempos de la vida de casados, por medio del testimonio procedente de la experiencia feliz de matrimonios, entre los cuales, si es posible, el de los propios padres de los novios.

Esta formación de las parejas tiene que hacer interiorizar el valor del diálogo, del condescender (que es distinto del abdicar), del construir juntos, del sacrificio asumido por un bien mayor, de la importancia de los disgustos y tensiones como ocasiones de crecimiento y de profundización de la relación.

Pero por encima de todo, y a la vez subyacente en todo, la formación se ha de orientar a la fe de los dos y a la fe en pareja, escuela de oración común, experiencia vivida de la caridad mutua y para con los otros, sin lo cual no es posible

interiorizar el carácter sacramental del matrimonio. Saberse y aceptarse como signo y presencia de Dios para el cónyuge y para los hijos constituye una gran ayuda para un matrimonio feliz, fiel, fecundo y permanente.

2. Apertura a la vida y a la educación de los hijos

En el itinerario del matrimonio está inevitablemente presente la decisión sobre los hijos. Sin hablar de la ya cada vez más frecuente opción de no tenerlos –inaceptable en una visión cristiana– un matrimonio responsable tiene que reflexionar siempre sobre el número de hijos que puede/quiere engendrar. Esta cuestión muchas veces es abordada solo desde el punto de vista de los intereses de la pareja: libertad, situación económica, carrera profesional, etc. Cuando extiende esta perspectiva a los hijos, el matrimonio se preocupa más de lo que es capaz de darles, en términos materiales, que de la vida que quiere transmitirles con lo que se crea una visión distorsionada y reductiva de lo que significa una paternidad responsable. Paternidad responsable es saberse colaboradores de Dios en la creación, depositarios de un don de Dios –los hijos– que no son solo para ellos sino que les cabe hacer crecer, fructificar y ponerlos en la vida con autonomía y personalidad propia y no como proyección de los padres.

Hoy a todos los padres, y especialmente y con mayor razón a los padres cristianos, se les presentan mayores desafíos en la educación de los hijos, expuestos como nunca a informaciones, presiones, comportamientos que con facilidad hacen perder referencias y valores. La autoridad conquistada y ejercida con moderación y coherencia, la autenticidad de vida, la capacidad de empatía y de comprensión, la paciencia, la orientación para una autonomía progresiva equilibrada, son actitudes esenciales en la educación.

Muchas veces las dificultades económicas, las presiones sociales, las ausencias forzadas, el «endiosamiento» del hijo –en muchos casos ya hijo único y, por eso, centro de todas las atenciones y expectativas– hacen que los padres dimitan o descuiden su función de educadores; pasan a ser apenas protectores y financiadores, cuidando que los hijos tengan de todo y no necesiten esforzarse para nada. Educar para el valor del trabajo, para el altruismo ya en la propia familia y para con los demás, para la colaboración, para el esfuerzo, es fundamental para que lleguen a ser adultos responsables.

Como padres cristianos, todas estas preocupaciones aumentan lógicamente aún más al ser conscientes de nuestra condición de colaboradores de Dios en la creación, pero a la vez facilitadas, porque contamos con él en esta tarea. Hemos de hacer de la vida con los hijos un camino de fe, que los haga adultos en la edad, pero también como cristianos, que los ayude a crecer «en sabiduría, en edad y en gracia». No tiene sentido querer lo mejor para nuestros hijos, en el campo social y profesional, y dejarlos como niños en el ámbito de la fe.

La catequesis en las parroquias puede ayudar aquí enormemente, creando espacios de formación y de compartir para los padres, incorporándolos activa-

mente en el trabajo catequético, sensibilizándolos para la exigencia de un crecimiento humano y cristiano equilibrado. Sin caer en el fundamentalismo, tienen que ser exigentes y corresponsabilizar, evitando esa catequesis para «quedar arregladitos» ya para todo la vida después de la Primera Comunión.

3. *Atención a los ancianos*

El aumento del número de ancianos y en tantos casos, su soledad ha creado ya una fuerte preocupación social. El número de centros, de residencias de mayores y semejantes ha aumentado, con una alta actuación de la Iglesia. Junto a lo positivo que esta respuesta pone de relieve referida a la solicitud para con las necesidades y dificultades propias de la edad, se advierte el riesgo de tratar la situación reduciéndola y encomendándola a esas instituciones. Este recurso tiene que ser siempre un gesto de caridad y no de egoísmo.

La natural generosidad de los jóvenes, su sensibilidad para con los más viejos, la frecuente necesidad de dejar a los niños encomendados a los abuelos, educándolos así naturalmente en el afecto a los ancianos y en la aceptación de sus características peculiares, pueden ser factores motivadores de una atención más personalizada, más afectiva y más presente para los que nos han precedido en la historia humana. Es importante fomentar la convivencia natural entre generaciones en la familia, valorar lo que cada generación puede aportar a las otras.

En una comunidad parroquial que lo sea verdaderamente, el problema de los ancianos y de su soledad ciertamente no pasará desapercibido. Además de los «centros de día» y semejantes, una verdadera comunidad creará lazos de cercanía, de ayuda, de compañía, y encontrará formas que permitan al anciano su participación activa en la vida comunitaria.

4. *Educación social*

De algunos de los indicadores enumerados anteriormente atrás referidos puede deducirse alguna falta de sensibilidad social, de los límites de los derechos de cada uno y el alcance de sus deberes.

Deben merecer especial atención algunas formas de pobreza menos obvias: pobreza material muchas veces oculta por vergüenza en familias aparentemente sin necesidades, pobreza de sentimientos de quien se dejó dominar por el egoísmo, pobreza de educación de quien solo se siente con derechos, pobreza intelectual de quien no es capaz de aceptar que otros piensen de modo diferente, pobreza de mentalidad de quien se alza como detentor de la verdad, pobreza de tolerancia política, racial o religiosa.

Sin pretender que los cristianos se erijan en superiores a los demás, creemos que su testimonio puede diferenciarse y constituirse como «provocador», en aspectos muy concretos. Pensemos, por ejemplo, en las relaciones laborales, concretamente entre los patronos y los colaboradores, en el comportamiento cívico,

al volante, en la calle, en los establecimientos comerciales, en las diversiones, en la delicadeza en el trato, en la atención a las situaciones de necesidad, en la participación en la vida escolar de los hijos, en la contención de gastos, en la modestia en la presentación, en el uso equilibrado de los recursos naturales.

Creemos que la Buena Nueva pasa también por esto, por la interpelación que pueden constituir comportamientos que deberían ser habituales pero que tienden a hacerse raros. Tal vez podamos ser considerados excéntricos o pasados de moda, mas puede ser también que hagamos pensar.

5. *Iglesia de personas*

Este proceso, que es lento, supone una transformación de hábitos y mentalidades: pasar de una Iglesia cuasi «oficial», de mayorías y «masas», a comunidades de comunidades, donde los cristianos se conocen y reconocen, donde todos tienen voz y voto. Y en tal proceso no podemos ser rigoristas ni considerarnos dueños únicos de la verdad, sino pacientes y misericordiosos.

Pertenecer a la Iglesia ya no es obvio, ni habitual, mucho menos como algo obligatorio. La práctica religiosa, o mejor, la práctica del culto, ya no es una obligación social para evitar ser señalados o mirados de forma reprobadora, aun cuando en muchos casos siga considerándose necesario pasar por la iglesia para el bautismo, la primera comunión, el matrimonio y el funeral.

Nos toca, pues, ser presencia real de Jesús junto a los que viven cerca de nosotros, de los que vemos y hasta saludamos en el autobús, en la calle, en el supermercado, de los que encontramos en el ascensor o en la escalera de nuestro edificio. Tienen que tener nombre y saber el nuestro para comunicarnos de persona a persona. Hemos de estar tan próximos que nos demos cuenta de los problemas, las necesidades y las dificultades, así como de las alegrías y los sueños para poder decir: Jesús tiene también algo para ti.

CONCLUSIÓN

Hemos intentado hacer un retrato realista y desapasionado de algunas facetas de la familia en Portugal y de su evolución en los últimos tiempos. A veces podrá parecer algo o muy negro y pesimista. Nos gustaría que fuera considerado más bien como desafiante, sobre todo para aquellos que, por la fuerza del Bautismo que un día recibieron se sientan llamados a ser «sal de la tierra» y «luz en el mundo» y a hacer a Dios presente, aquí y ahora, en especial junto a aquellos que, aun sin saberlo, más necesitan de él.